
editorial

IX

Je ne cherche pas, je trouve: Picasso*

En Picasso el dibujo es el producto de una excitante y amable confrontación entre el objeto real o mental y la mano. Uno, forzando a la otra a ser fiel a los contornos y sombras de su sólida realidad y, la otra, simplificándolo con la línea o fabricando un espejo quebrado en el que el objeto, atónito, descubra sus otras identidades y bellezas, inadvertidas antes.

Las ideas, la proporción y la simetría han perdido su significado previo. Los suaves dibujos lineales o los geométricamente angulados, desde ahora, hay que traducirlos. Constituyen un nuevo lenguaje.

La simetría, desde su remoto origen, es el instrumento con el que el pensamiento, del pintor o del observador, ha intentado crear, medir y, después, comprender el orden, la belleza y la perfección del mundo y de las ideas. Queda alojada en la memoria y desde ese rincón de la mente, ordenando los desórdenes, descubre en ellos nuevas bellezas. Forzosa y opuestamente, también impregna los dibujos, lienzos o esculturas que nacen rebeldes a la proporción o al orden, concediéndoles nuevos, precisos y universales significados.

¿Han sido la simetría y el orden, para Picasso, incitantes estímulos para transformarlos o destruirlos? ¿Fue su mano rebelde la que, ágilmente, desprovista de toda rigidez o atadura, rompió las imperantes normas del diseño? ¿Fue su gesto, el que, sensualmente, halló otras formas, otras vidas, otros juegos, otra libertad? ¿Fue su inteligencia espacial la que, encontrando y resolviendo problemas, le permitió descubrir y conquistar la simetría? ¿Lo logró Picasso intuitivamente o existía en él una especial capacidad analítica?

Su potente visión de géometra le condujo a encontrar, para nosotros, la belleza oculta en el asimétrico objeto deformado y en la línea desordenada

* Estos párrafos constituyeron la presentación a la exposición «Picasso la Mujer» celebrada en la Galería Elvira González.

que la mano ciega, sola, traza en busca de la verdadera línea blanca, invisible en el fondo blanco, enredada entre las infinitas líneas y sombras blancas del papel que esperan nuevas manos.

Desde siempre ocultos, ¿están ya todos los dibujos en el papel? La mano, apoyando levemente el lápiz sobre el blanco, encuentra el trazo, se desliza y lo hace nacer. El papel, como la inquietante realidad, alberga su gran secreto como una fecunda maternidad de innumerables bellezas no-nacidas. Así, el dibujo, fruto del amor, narra la lenta cópula sensual entre el viril lápiz de Picasso y el ávido papel. Este perenne blanco y pequeño mural, que oculta, desde siempre, todo lo pintado anónimamente por la vida y por todos con tinta blanca, espera que ciegas manos, táctilmente, sigan las líneas que reposan como bellezas durmientes.

En cada papel blanco está ya el dibujo blanco, en el papel rojo el dibujo rojo y en el negro el dibujo negro.

Todo posible dibujo, ¿está ya pintado? Sí, responde Picasso. Mi misión es encontrarlo (Je ne cherche pas, je trouve!).

Moviéndose mentalmente alrededor del objeto, con perspectivas liberadas, encontró el cubismo, o lo inventó. Así logró una síntesis de todos los elementos de la escena situados en el espacio y en el tiempo. Desde ese momento el observador debe olvidar que la figura pintada se adueña necesariamente del espacio como un cuerpo inerte o pasivo cuando, en realidad, lleva consigo una duración y existencia en el tiempo. Todo lo incluido en el cuadro contribuye a crear una nueva realidad. Una imagen total en la que se incorpora un importante dinamismo que recuerda las yuxtaposiciones mentales que el artista, pintando, llevó a cabo para mostrar una enorme variedad de planos ocultos no perceptibles durante la simple observación visual.

Es indudable que en el Picasso cubista aparece una nueva inteligencia estética con la que consigue fundir en una sola imagen, simultánea y aparentemente plana, una variada y rica colección de formas, líneas, planos, luces y colores.

Alberto Portera Sánchez